

## ♦ *La contradicción lesenniana como búsqueda del absoluto*

G. del Olmo Renedo

---

### 1.- INTRODUCCIÓN

En la base del presentimiento y búsqueda lesennianos del Absoluto aparece la contradicción. Como ésta, a su vez, supone la determinación y el obstáculo, vamos a indicar el sentido en el que son utilizados dichos términos.

La **determinación** representa, en la experiencia, todo lo que puede constituir el objeto de una discriminación; aquello que puede ser captado como un objeto distinto, con contornos delimitados, suficientemente determinado para ser comparado u opuesto a otros objetos contenidos también en la experiencia. Siempre que decimos de un contenido de conciencia que es tal cosa y no otra, estamos ante una determinación.

El **obstáculo** surge bajo la forma de una determinación más o menos resistente. Es captado como una determinación que detiene el movimiento espontáneo de la experiencia, pues constituye una barrera relativa a la expansión del yo originariamente fundido en el **yo** -1-, lo que va a provocar que el yo tome conciencia de sí mismo al interior del **yo**. Al asignarle sus límites, hace de él un yo limitado, situado.

La **contradicción** la entiende Le Senne como todo obstáculo que viene a oponerse al progreso de la razón en el descubrimiento de lo real; la pura ausencia de luz, el conflicto entre las ideas, incluso el choque sentimental que viene a parar la actividad del espíritu, y tantas situaciones como expresa el término bastante vago de contradicción.

Podemos preguntarnos si cabe identificar el término "contradicción", tratado especialmente en Le Devoir, con el de "obstáculo", al que hace referencia sobre todo en Obstacle et Valeur. Pensamos que puede afirmarse la identidad de las dos nociones, no en el sentido de que deba reducirse la comprensión del concepto "obstáculo" a la del concepto "contradicción", pues éste parece más determinado, sino porque en Le Devoir el vocablo "contradicción" es utilizado de modo tan amplio que se convierte prácticamente en sinónimo de "obstáculo".

La contradicción como el obstáculo representan una fase de la experiencia, el momento en que ésta deja de ser puro impulso para sufrir una parada que parece serle impuesta desde el exterior.

Como **características fundamentales** de la determinación, Le Senne señala tres -2-. En primer lugar, la determinación está **localizada**, puesto que viene a interrumpir una continuidad anterior; se distingue al ser esto o aquello. De ahí el que la inteligencia tenga la posibilidad de analizarla, de hacerla idea, de tratar de definirla; y, por lo mismo, el que la determinación se convierta en obstáculo cuando ofrece resistencia al esfuerzo de la conciencia. Toda determinación presenta aspectos positivos -"se impone al yo, lo afecta, lo determina" -3-, lo atrae como una posición sólida, definida- y aspectos negativos -"el yo la desborda" -4-, ella no es sino lo que es y omite todo el resto, si es que no lo excluye-.

Eso nos lleva a la segunda característica, según la cual la determinación "**es siempre la relación de una opacidad y de una transparencia**" -5-. Es opaca en cuanto que comporta un fondo de inteligibilidad y empiricidad pura; es transparente, perceptiva, intelectual, hasta donde es pensamiento.

De ello se deduce la tercera característica: la **insuficiencia** de toda determinación. Desde el momento en que se la percibe como una parada, como una satisfacción solamente parcial, se presiente necesariamente y se desea un-más-allá. Si la determinación, que es obstáculo en cuanto que fija límites al yo, no estuviera impregnada de esa ambivalencia, no sería experimentada como una parada; más bien colmaría el deseo y la experiencia vendría a finalizar ahí, y *"como sería imposible concebir cómo una experiencia absolutamente suficiente no hubiera sustituido de principio e inmediatamente a todo lo que hubiese intentado aparecer antes de ella, es la experiencia entera la que sería aniquilada en el uno absoluto"* -6-.

Una determinación remite a un-más-allá de dos formas: por la **llamada** y por la **influencia**. La llamada es el principio de circulación entre las determinaciones. Una determinación es como "un puerto de embarque" -7- hacia otra isla, hacia otra determinación, *"una determinación determina a otra determinación"* -8- por vía de encadenamiento lógico, de asociación, etc. A diferencia de la llamada **harmeliniana**, que se efectúa, según un orden rigurosamente premeditado, en tres fases -relación, número, tiempo; espacio, movimiento, etc.-, en Le Senne, la llamada se propaga en las direcciones más variadas. Pero a la llamada, que une las determinaciones entre sí, hay que añadir la influencia, que une la determinación al principio activo de la experiencia, a la conciencia que experimenta, que piensa y que actúa. Para que una determinación esté presente en la experiencia, tiene que ser vivida en una experiencia; y al ser vivida como tal determinación, lleva su influencia al sujeto -9-. La influencia es *"el paso del existente a la existencia"* -10-. La red de las determinaciones es llevada por la existencia. A la llamada debe unirse la influencia, serie de pruebas vividas, existenciales, irreductibles a la determinación. Así, el paso de un término a otro en un razonamiento matemático es el hecho de un matemático que experimenta impresiones de esfuerzo, de satisfacción, de fatiga, de éxito.

Al constituirse, pues, en puente entre la determinación y la con-

ciencia -relación entre la conciencia que experimenta y la determinación experimentada-, la influencia podrá ser considerada como un matiz existencial de la determinación o como un estado existencial del espíritu que experimenta la determinación y le da existencia.

Desde la primera opción, se justifica que el filósofo objetive su pensamiento; separándolo de la experiencia vivida, lo comunica en dialécticas conceptuales para que sirva de mediación entre las conciencias particulares -11-. La segunda perspectiva, en cambio, sirve para mostrar la línea adecuada de búsqueda filosófica, advierte contra el riesgo de parcialidad. Privilegiar la determinación con independencia de la existencia que le confiere la experiencia vivida, equivaldría a suprimir la conciencia y, con ello, la determinación misma se desvanecería -una determinación no-consciente sería negación de determinación-.

Brevemente, la determinación, al primer choque, impone al yo la limitación, la decepción; pero éste va a reaccionar: *"a la provocación de lo irracional, el yo responde con la valentía"* -12-. Es lo que vamos a analizar en el punto siguiente.

## 2.- LA DIALÉCTICA DE LA CONTRADICCIÓN

En Le Devoir, Le Senne insiste repetidas veces en que la contradicción es la condición de todo progreso de la conciencia; sin contradicción que superar no hay vida consciente y moral. Y para que aquélla pueda ser superada, se requiere que no sea en absoluto objetiva. Si la contradicción existiera en sí, la unidad, que es la ley de la conciencia, sería un engaño. Toda verdad así como el valor de ser debería ser negado; ¿qué podría, en efecto, haber de común entre objetos contradictorios en sí mismos? Sin embargo, la contradicción debe de existir realmente; en caso contrario, no habría nada que superar.

Por tanto, la única existencia real que puede atribuírsele es una existencia esencialmente subjetiva.

La contradicción marca el **punto de arranque de la búsqueda** en el yo. Este comienza por experimentar la incompatibilidad de varios términos y la necesidad de solucionarlo. Es lo que Le Senne denomina "*la contradicción sufrida*" -13-, y que explica detenidamente y de diversas formas en la obra. Así, la contradicción sentida es anterior a toda afirmación -14-; pues no se afirma si no se ha experimentado su necesidad; ésta, sentida durante un instante al menos, es la contradicción. El "cogito" cartesiano, por su parte, recibe su valor de la duda que conduce a él; lo que es cierto es la duda que se piensa.

En general, la contradicción está en el origen de toda función psicológica que es siempre suscitada por un fracaso, por un sufrimiento sin el cual el automatismo instintivo continuaría arrastrándonos. La atención, por ejemplo, no se explica por sus solas condiciones objetivas; si se obtiene y se la mantiene, es a través de una sucesión de éxitos y de fracasos en los que el yo deja ver su voluntad contrariada por el obstáculo.

Se pueden distinguir tres modos posibles de cómo la contradicción sirve de partida a la vida mental: el accidente, la detención y el conflicto.

En el **accidente** se produce el choque de dos automatismos "*ciegamente según las leyes de su mecanismo*" -15-. Están fuera de nosotros, pero la conciencia opone a ese desorden la idea de una conciliación. Al desmentir el accidente nuestra aspiración hacia el orden, es ella misma la que le confiere la existencia y viene a testimoniar, a su modo, la realidad lógica de la finalidad.

La **detención** supone dos términos antagonistas que chocan y el yo que se solidariza con uno de ellos. Es en ella donde "*tomamos conciencia de nuestra limitación*" -16-. El sufrimiento es esencialmente la contradicción a la que no podemos sentirnos extraños cuando nos golpea. La detención intelectual es la ignorancia; y ésta no es psicoló-

gicamente una simple ausencia, es una contradicción por la que reconocemos lo que sabemos, la posibilidad de prolongarlo y nuestra impotencia para hacerlo -17-.

En el **conflicto** el yo se adhiere simultáneamente a los términos opuestos y se siente, por ello, dividido entre dos tendencias antagónicas. El conflicto suscita el movimiento de la conciencia en cuanto que la perturba y amenaza su unidad interior. Es el que da un sentido a la conciencia moral -18-.

Todas las formas del fracaso dejan presentir el fracaso supremo, la muerte. El temor de la muerte es la contradicción por excelencia, pues parece prohibir toda esperanza al terminar en la nada misma. Pero la muerte es la sal de la vida, sin ella no tendríamos suficiente interés por la vida; superar el obstáculo es ya superar el miedo de la muerte. La contradicción está en el origen de nuestro ser. Ser es estar en dificultad y sacar de ello la conciencia de sí y el poder de hacerse.

La contradicción está, ciertamente, presente en nuestra experiencia bajo forma de incertidumbre, de duda, de temor, de sufrimiento; pero en estado latente. Y no se trata de la contradicción lógica, "*de la pura oposición del ser y del no-ser*" -19-, sino de la contradicción psicológica. "*Es una dualidad interior e inestable, que no puede expresarse afuera en el espacio más que por dos actos en los que el espíritu habla contra lo que acaba de decir*" -20-. El sujeto, sin disipar aún la incertidumbre, experimenta la oposición entre el acto de afirmar y de negar. La contradicción es vivida subjetivamente como exigiendo su supresión. Sus términos, por sí mismos, permanecerían extraños entre sí; lo que la hace posible es el acto de una voluntad, dividida contra sí misma en su esfuerzo, en principio infructuoso, por unificar términos divergentes. En ese sentido puede decirse que el yo engendra la contradicción: "*el ser y el no-ser, advierte Le Senne, no están mezclados, el sujeto los confunde y como confiere unidad a todo lo que aprehende, hace de su unión una contradicción*" -21-, "*sin el sujeto que intenta una unión a la cual (los términos) repugnan, no habría con-*

*tradicción" -22-.*

La necesidad de acrecentar su poder, al menos en cuanto a la disposición de sus energías naturales, motiva a la voluntad para suscitar contradicciones que refuercen las tendencias del yo con la energía liberada.

La contradicción es una "*incompatibilidad sentida*", "*un obstáculo interior*" -23-, pero no absoluta y objetivamente. Además de ofrecer términos incompatibles, evoca su unificación, posible, deseada; aunque también desmentida, impedida, al existir al mismo tiempo la incompatibilidad de los términos. Por ello, la contradicción se presenta como la ausencia, la necesidad de una cierta unidad a modo de una sistematización dinámica y conciliadora cada vez más perfecta. Se moviliza así una energía capaz de posibilitar el paso a una situación más satisfactoria. Sin embargo, la contradicción no dejará de existir, de surgir; puesto que el yo, según hemos visto, aspira al Infinito, lo que le impide estancarse en la materia.

La contradicción surge en el yo singular dependiendo de tres grupos de condiciones: **etológicas, sociales e históricas** -24-.

Las condiciones etológicas o caracteriales influyen en los modos de la contradicción, aunque no de manera determinante -25-. Y "*pues-to que la personalidad no se confunde con el carácter, lo congénito debe ser completado por lo adquirido*" -26-. Son influencias de origen exterior al sujeto y que constituyen el condicionamiento sobre todo sociológico de la contradicción, como puede ser la educación recibida de otro. Pero es el yo, no la sociedad, quien provoca la contradicción e inventa la solución.

En cuanto a las condiciones históricas, que manifiestan la contingencia, confieren a la contradicción su estado de hecho actual único -27-.

La dialéctica de la contradicción revela en Le Senne una tendencia común a los idealistas franceses de la primera mitad de siglo: la de conceder una importancia primordial al dinamismo del espíritu,

al pensamiento-pensante más bien que al pensamiento ya realizado y objetivado en conceptos, al pensamiento-pensado. Pero, al partir de la contradicción, se apoya en la experiencia que puede parecer más disconforme con la tesis idealista: la experiencia de los obstáculos que vienen a frenar a la conciencia en su proceso de inteligibilidad -28-. Se trata de una reflexión sobre las condiciones a priori de la experiencia de la contradicción en el seno de la conciencia, experiencia real (constatación de hecho), pero no insuperable (convicción moral).

El hecho de que la contradicción exista, pero no de manera objetiva, reclama una pluralidad de conciencias; porque el origen de la contradicción no puede hallarse en una conciencia solitaria -29-. Se podría dar razón de la contradicción afirmando la existencia de conciencias múltiples y determinadas que, en su ceguera, quieran lograr bienes que no pueden compartir y que, por ello, se los disputen.

Luego la solución al problema de las relaciones entre conciencias hará inteligible la presencia de la contradicción en la conciencia individual -30-. La concepción dinámica de la conciencia, que es la del idealismo, lleva a Le Senne a buscar la solución en esa dirección. Si el contenido objetivo de una conciencia es siempre relación, podemos concebir también, por analogía, que las conciencias se manifiestan unas a otras como los términos de una relación, que no las identifica perfectamente, sino que mantiene la individualidad de cada una. De ahí surge, para cada una de ellas, la posibilidad de la contradicción "*que no puede ser ni la indiferencia perfecta de un término al otro ni su unión*" -31-.

Pero, al entrar en el campo de nuestra apercepción y constituirse en objetos de nuestra experiencia, ¿las otras conciencias tienen un estatuto diferente al de los otros objetos creados por nuestra conciencia a partir de las relaciones que se entrecruzan en su horizonte? Si la conciencia de otro no existe sino al término de las operaciones de nuestro espíritu, eso difícilmente puede compaginarse con la personalidad, claramente afirmada en *Le Devoir*, de todas las conciencias -32-. Le Senne intenta responder a esta objeción apelando a la experiencia



moral que nos da acceso a la intimidad existencial del otro y nos revela su personalidad; en la práctica de la vida concreta, actuamos siempre como si existieran otras conciencias capaces de comunicarse con nosotros -33-. Sin embargo, ¿el postulado idealista de inmanencia integral no lleva a negar la posibilidad de una comunión con una conciencia que exista independientemente de nuestras operaciones intelectuales?

Por otra parte, si la contradicción personal refleja un conflicto entre las conciencias, aún debemos preguntarnos si ese conflicto es inevitable. Desde el momento en que las conciencias tienen un mismo origen, cabe pensar que deberían vivir más bien en armonía, unidas en un esfuerzo común hacia el fin para el que han sido creadas.

En resumen, Le Senne explica la contradicción personal por la unión dinámica de las conciencias, pero la pluralidad de las conciencias aparece como un hecho de experiencia; por lo cual, el estatuto metafísico de esas conciencias determinadas no queda suficientemente claro. Vamos a proseguir ahora con el desarrollo del pensamiento lesenniano, intentando descubrir la posible salida a las objeciones formuladas.

### 3.- EL PROCESO DE BÚSQUEDA

La primera ventaja que presenta la contradicción es la de localizar la acción, *"hay en nosotros una energía latente que busca incesantemente un empleo, pero puede no lograrlo"* -34-. Para no sufrir el impacto destructor de la contradicción, el yo debe tratar de resolverla haciendo que la unidad prevalezca sobre la oposición; y para ello movilizará esa energía de la que dispone dándole la orientación adecuada. La contradicción, pues, viene a ser *"la revelación de un **deber**, no formalmente puro, sino insuficientemente especificado"* -35-. El yo aspira a una superación que hace del deber *"condición absoluta de todo*

*ser y de toda acción*" -36-, el primer principio de la búsqueda fenomenológica de la filosofía. Es el deber-ser en el que el hombre descubre su responsabilidad.

La noción de deber, en Le Senne, no se limita a la de deber ético, pues éste no es más que una dimensión particular del deber-ser y del deber-hacer: *"hay un deber primero del que el deber ético no es más que una rama"* -37-. Todo esfuerzo por resolver alguna contradicción queda también comprendido en el concepto de deber.

Si no hay experiencia fuera de la contradicción, toda experiencia será una experiencia moral, o incluso, como diría Blondel, una experiencia metafísica.

En el análisis del deber destaca Le Senne su prioridad y universalidad. Hay una experiencia universal: *"la que encuentra en el interior de todos los ilogismos, de todos los sufrimientos, de todos los debates, brevemente de todas las contradicciones sentidas por el espíritu, la obligación moral, que es la invitación a resolver la contradicción en finalidad"* -38-. Esto se constata en toda experiencia moral, desde sus formas más rudimentarias a las más intelectuales. Es el apego a la vida que sustenta la lucha de todos los seres vivos por conservar y desarrollar sus organismos. De ahí, por ejemplo, la humillación de sentirnos engañados o la cierta vergüenza que nos produce abandonar sin resolverlo un problema intelectual. La misma variedad de morales viene a ser una confirmación de la universalidad del deber. Y si *"a través de la diversidad empírica del deber, prosigue Le Senne, se puede reconocer su universalidad, es que el deber es la condición primera de toda posibilidad... Una filosofía de la conciencia, si ésta no es solamente contingente, no puede, sin suprimir el yo, encontrar fuera de la obligación el principio de su dinamismo"* -39-.

El hecho de la prioridad y universalidad del deber así como su conexión con el yo y la contradicción concreta, implican que nadie puede desconocerlo: *"cuando un hombre duda del deber, es que se ha equivocado sobre su deber"* -40-.

El yo, por consiguiente, afectado por una contradicción interior es invitado a resolverla, movilizandó sus fuerzas. En la puesta en marcha de esa energía la contradicción, en cuanto que es un sufrimiento, actúa como un estímulo de propulsión -sale del sufrimiento como un rechazo a ese sufrimiento- y en cuanto que entraña deseo -como estímulo de atracción- permite presentir la unidad a la que dará lugar después de la resolución. El sufrimiento sugiere primeramente un ideal negativo: huida del sufrimiento, de lo falso, de lo feo, de lo odioso; *"define la situación de partida de una búsqueda"* -41-. Al hacernos sentir la necesidad de lo que nos falta, reaviva nuestro dinamismo. Además de la repugnancia hacia un sufrimiento, la contradicción nos impulsa a desear y a presentir eso cuya ausencia experimentamos; lo que supone ya una cierta presencia.

A esa actividad, que parte de la contradicción, podemos denominarla **búsqueda**. Es una actividad de libre invención que se constituye como el alma del yo espiritual. Por ella, el yo trata de *"dar satisfacción al mismo tiempo a nuestra necesidad de unidad inventando compuestos, equilibrios, síntesis más o menos sólidas para la elaboración conveniente de los términos de la relación y a nuestra necesidad de infinito optando por aquéllas de esas síntesis que podrán servir de mediación para un movimiento ulterior y más poderoso del espíritu"* -42-.

Lo que Lavelle refiere al sufrimiento, Le Senne lo afirma de la contradicción: el mal no es la contradicción sino la abdicación ante ella. Dependerá de nosotros el que se vuelva favorable o desfavorable. En cuanto que podemos darnos o negarnos al esfuerzo, somos dueños del bien y del mal. Suspendida en la contradicción, la moralidad se encarna en el deber de unificar para inventar.

Esa búsqueda vital comprende, entre la variedad de componentes, una línea de búsqueda superior, directiva, y búsquedas subordinadas cuya finalidad es proporcionar a la primera los medios necesarios -43-.

El fin supremo de la búsqueda, aquél que es buscado por sí mis-

mo, es el valor en el sentido de serlo más bien que de tenerlo. Así, la riqueza es un modo de existencia: *"todas las determinaciones, la moneda, la tierra, las joyas... no son más que sus condiciones, sus medios, su expresión..., la riqueza misma es el todo de esas determinaciones confundidas en el alma del rico"* -44-. Por eso *"el valor es esencialmente existencial; ninguna determinación constituye más que su vehículo, su mediación o su expresión"* -45-. Y el valor se nos da a través de mediaciones. En primer lugar, está el **ideal**. Es la concepción que sirve al yo para representarse el valor y orientar la búsqueda. Esa representación ideal del valor permite al yo concentrarse en una dirección determinada, concreta, y tener una acción fecunda y eficaz. Pero la apropiación de un ideal se va haciendo progresivamente y no sin riesgos. Entre los factores que condicionan una elección exitosa están: la importancia del ideal escogido, la conveniencia con los recursos caracterológicos del yo, la oportunidad con las condiciones históricas y, sobre todo, la prueba previa, por parte de la imaginación, del ideal perseguido; pues sólo asegurando fines y medios podrá actualizarse el valor en la experiencia -46-.

Asimismo, la búsqueda es *"en la medida conveniente, la conquista y la organización del medio natural"* -47-, y también debe asegurarse la cooperación de los otros yo -el destino de todo hombre es interhumano-.

En el fondo, lo que mueve la búsqueda es la fe en el valor, que presupone la confianza en sí, en la naturaleza y en los hombres, en que nuestra iniciativa se inserta en la realidad universal -48-.

El riesgo de que la búsqueda no tenga éxito proviene únicamente de nosotros. Al objeto de servir de ayuda en ese aspecto, Le Senne señala una serie de faltas a evitar: la indiferencia al propio destino, la dispersión y la estrechez de un ideal limitado en exceso -49-.

Frente a esos peligros, el yo deberá de responder libre y generosamente siguiendo la llamada del valor. Esa llamada, ese encuentro, puede ser un hecho, un libro, una palabra o alguien que surge ante nosotros como modelo a imitar -50-. Su importancia estriba en que el

valor que se presentía en cuanto ausente, es encontrado ahora como presente, si bien fuera de nosotros. El no-yo que de suyo nos limita, nos lleva de pronto a descubrir el valor, sirviendo así de medio a la voluntad para reforzar el ideal; pues nos infunde un sentimiento de seguridad en cuanto al desenlace de nuestro esfuerzo. El proceso de respuesta por parte del yo supone *"la adaptación de sí mismo a los acontecimientos y la adaptación de esos acontecimientos a la exigencia del valor. Esos movimientos son siempre ideo-emocionales"* -51-; en proporciones variables, son a la vez intelectuales y emocionales. El espíritu se esfuerza por representarse el valor y lo que conduce a él, y, por otra parte, está el impulso del corazón por el que da su consentimiento al valor.

A esa "trama conceptualizada" de las operaciones del yo, la llamamos "dialécticas" y constituyen nuestro arte de vivir. Por ellas, el yo dirige su vida y se erige a sí mismo en su individualidad. De ahí la importancia del conocimiento y elección de las dialécticas convenientes para la orientación definitiva del mismo -52-. Con el término de **vocación** se comprende el impulso en el que confluyen *"las fuerzas, los apoyos, las esperanzas, brevemente las operaciones del yo"* -53-.

El objetivo de la búsqueda en el hombre es lograr una plenitud de su existencia mediante una conquista progresiva del valor. Le Senne resume el complicado proceso de la búsqueda evocando las cuatro edades de la vida humana, consideradas desde el punto de vista mental.

La infancia responde a la situación de un yo protegido. Es la edad del presentimiento del valor, emotivo más que intelectual. En la juventud se comienza la búsqueda personal. La madurez es la edad de la ejecución, de la acción adulta. La vejez, finalmente, es el tiempo de la serenidad. El espíritu se simplifica y se identifica de alguna forma con el valor -54-.

Le Senne siente la necesidad de pasar de un idealismo abstracto a un idealismo concreto; nuestra facultad de conocimiento abstracto reclama la colaboración de todas nuestras facultades -cognosci-

tivas, volitivas y pragmáticas- para el logro de la acción creadora. Si el idealismo abstracto prueba que la realidad primera no puede ser incognoscible, no es capaz, sin embargo, de hacérsela conocer realmente. De hecho, en la vida concreta, topamos con lo incognoscible, que se nos impone desde fuera. Frente a ello, la experiencia moral infunde la convicción de que un incognoscible singular puede siempre ser superado; es más, que pertenece a nuestra naturaleza el deber de encontrarlo siempre para poder progresar. De ahí, la gran importancia reservada en la obra de Le Senne a la función de moralidad -55-. Esta es, a la vez, confianza -en la inteligibilidad de lo real- y actividad -la colaboración de las conciencias en orden a sintetizar perfectamente toda la realidad- -56-.

Después de un profundo análisis del hecho de la contradicción psicológica y de las actitudes humanas que conlleva, la perspectiva de Le Senne es la de un moralista que debe superar la contradicción; llega a la conclusión de que en ella está el inicio del dinamismo humano. Todo progreso humano supone, efectivamente, una contradicción vencida que ha sido el germen del esfuerzo creador y que, como hemos visto, Le Senne explica, de acuerdo con la concepción idealista, por la oposición de las conciencias entre sí. Este hecho de la existencia de la contradicción en las conciencias -contradicción que debe imponerse a las conciencias como desde fuera, sin tener por eso una existencia en sí- conduce a Le Senne a postular la existencia de una conciencia suprema, capaz de fundamentar esa multiplicidad -57-. Pero cómo debe representarse esa conciencia suprema si su unión con las conciencias debe ser real y respetar, a la vez, la espontaneidad personal de cada una? Es posible salir de la experiencia singular? Dejemos, por el momento, esta dificultad, en la que incidiremos en un artículo posterior.

En la teoría lesenniana del deber se descubre fácilmente una línea de inspiración kantiana y también fichteana. Como en La Razón práctica, el deber eleva al hombre por encima de sí mismo en cuanto que forma parte del mundo sensible y también va a reconocer la pre-

sencia del Absoluto en el fondo de la exigencia moral. Sin embargo, ésta es más que la simple voluntad ética. Cuando Le Senne habla más bien de moralidad (concreta) que de moral (abstracta), está dando al concepto de deber un alcance original: recoge la subordinación fichteana del yo abstracto del conocimiento al yo concreto de la acción. Bajo especies diversas, la moralidad es una; luego la ciencia, el arte y la religión, al igual que la moral, están también comprendidas en la moralidad. Dicho de otro modo, ser moral es negarse al estancamiento y a la resignación, obedeciendo al imperativo de unificación de los contradictorios que brotan de la conciencia misma. Esa opción por la moralidad y por sus implicaciones metafísicas da al pensamiento de Le Senne un acento original, que hace de la filosofía una aventura, pero una aventura razonable si no racional.

En efecto, el deber reclama la invención -acto moral creador y libre- que consiste en el movimiento por el que una conciencia tiende a crear la acción que, en determinada circunstancia, puede ser la mejor posible. Como para Descartes y para Bergson, la libertad humana es un hecho de experiencia interna. En la experiencia, contradicción e invención se alternan, pero no hay soluciones recibidas, sólo inventadas. La opción moral en razón de la importancia subjetiva de la contradicción elegida, se renueva constantemente. No basta con una elección al principio para asegurar la moralidad. Eso supuesto, podemos cuestionar si es suficiente una *"filosofía moral que coloca al hombre fuera de las reglas y de los métodos, y le deja solo en el secreto y la soledad de su intimidad, con el solo deber de invención"* -58-. Consciente de esa dificultad, Le Senne se orientará hacia una metafísica axiológica, centrará la búsqueda filosófica en el valor.

Está también la cuestión de si no existen contradicciones insolubles. J. Paumen se pronuncia afirmativamente -59-. Entiende que Le Senne, en su análisis de la moralidad, que parte de un ejemplo concreto: la experiencia del descubrimiento del argón -60-, confiere a la experiencia moral una propiedad específica de la experiencia científica; pues, en la citada experiencia, la conclusión fue positiva en la me-

dida en que la contradicción a resolver era una contradicción teórica. El bien, en cambio, no es demostrable; se debe realizar y hay varios modos de hacerlo que se contradicen mutuamente. Al pluralizarse, lleva en sí *"el germen de conflictos insolubles y de sacrificios inevitables"*.



## NOTAS

1.- Le Senne distingue "le je", el yo como unidad de la experiencia, infinito, de "le moi", el yo empírico, finito. Por eso, al no disponer en castellano de dos términos equivalentes referidos al yo, y para evitar posibles equívocos en el momento de aludir a uno o a otro, designamos al primero como el **yo** (en negrita) y al segundo como el yo (letra normal).

Le Senne, en efecto, al abordar la cuestión de cómo llamar a la unidad de la experiencia, opta por la palabra **yo** ("**le je**"), que lo mismo que nos remite a un contenido cualquiera, manifiesta el centro activo que comprende ese contenido. El **yo** "es el sujeto indeterminado de la representación y la interioridad de toda relación, ideal, existencial o ideo-existencial" y se caracterizará por la universalidad -todo en la experiencia es intelectualizable-. Sin atender a la unidad del **yo**, el obstáculo permite reconocer la oposición entre lo finito y lo infinito, entre el yo empírico y el **yo** ilimitado.

2.- LE SENNE (1934, pp. 162-175).

3.- *Ibidem*, p. 167.

4.- *Ibidem*, p. 167.

5.- *Ibidem*, p. 168.

6.- *Ibidem*, p. 170.

7.- *Ibidem*, p. 171.

8.- *Ibidem*, p. 171.

9.- La elección del propio término de "influencia" viene a indicar esa relación necesaria del objeto y el sujeto.

10.- LE SENNE (1934, p. 172).

11.- Si la filosofía es descripción de conciencia, debe coincidir con una experiencia concreta de aprehensión directa de las relaciones que forman la trama de lo real; ahora bien, toda experiencia se constituye sobre un fondo de determinaciones. Estas, por tanto, podrán ser traducidas al lenguaje, hablado o escrito, que sirve para relacionar a las conciencias entre sí; y gracias a su influencia, podrán figurar o sugerir la experiencia vivida inspiradora de ese lenguaje.

12.- LE SENNE (1950, p. 416).

13.- *Ibidem*, p. 9.

14.- *Ibidem*, p. 89.

15.- *Ibidem*, p. 28.

16.- *Ibidem*, p. 34.

17.- *Ibidem*, p. 36.

18.- *Ibidem*, p. 38.

19.- *Ibidem*, p. 55.

20.- *Ibidem*, p. 55.

21.- *Ibidem*, p. 91.

22.- *Ibidem*, p. 96.

23.- *Ibídem*, p. 123.

24.- *Ibídem*, p. 106.

25.- LE SENNE (1950, p. 109).

26.- *Ibídem*, pp. 106-107.

27.- *Ibídem*, p. 107.

28.- "Si el universo, escribe Etcheverry, es una creación de nuestro pensamiento, ¿por qué le es tan poco transparente? La historia de la humanidad, al igual que nuestra propia historia, traza una marcha laboriosa... ¿Cómo explicar eso en un sistema que desconoce la dualidad de la naturaleza y del espíritu?" (Etcheverry, 1934, p. 296).

29.- En el supuesto de que existiera una conciencia única, ésta tendría un universo estructurado por sus propias leyes que regularían su actividad y que, al depender solamente de ella, no entrañarían la más mínima contradicción para ese espíritu solitario.

30.- El realismo hace una substancia de cada conciencia. Así, se enfrenta al problema de cómo explicar la comunicación de las conciencias entre sí; puesto que una substancia, al estar cerrada sobre sí misma, no puede ejercer causalidad transitiva sobre otra substancia -sólo puede desplegar sus propios modos y atributos-. El idealismo, en cambio, al definir la conciencia individual no como una substancia sino como un acto generador de relaciones, soslaya esa dificultad. El que parezca que la conciencia capta objetos, cosas, es una simple convicción del sentido común; la crítica sobre el objeto nos revela a éste como el punto de intersección de varias relaciones -la conciencia pone los objetos en planos alejados diferentemente de su centro de atención-. En la actividad concreta de la conciencia, los dos términos de una relación están necesariamente presentes, pero sólo uno, el de más alto grado de actualidad está presente a la conciencia clara; el otro lo está a la conciencia oscura. Si se presentaran a la conciencia del mismo modo, al mismo tiempo, no se distinguirían.

31.- LE SENNE (1950, p. 436).

32.- *Ibídem*, pp. 437-438.

33.- Es claro que no puede tratarse de una unión ontológica entre las conciencias -significaría su confusión-, sino de una unión concreta realizada por la moralidad.

34.- LE SENNE (1950, p. 127).

35.- *Ibídem*, p. 129.

36.- *Ibídem*, p. 305.

37.- *Ibídem*, p. 255.

38.- LE SENNE (1967, p. 255).

39.- *Ibídem*, p. 259.

40.- *Ibídem*, p. 265.

41.- LE SENNE (1951, p. 124).

42.- *Ibídem*, p. 142.

43.- *Ibídem*, p. 143.

44.- *Ibídem*, p. 149.

45.- *Ibídem*, p. 150.

46.- *Ibídem*, p. 155.

- 47.- *Ibíd.*, p. 154.  
48.- *Ibíd.*, p. 156.  
49.- *Ibíd.*, pp. 161-165.  
50.- *Ibíd.*, p. 171.  
51.- *Ibíd.*, p. 173.  
52.- *Ibíd.*, p. 173.  
53.- *Ibíd.*, p. 178.  
54.- *Ibíd.*, p. 192.  
55.- La moralidad entendida como la experiencia de la vida moral, de la posibilidad para la conciencia de superar sin cesar los obstáculos.  
56.- La confianza encuentra un fundamento racional al reconocer la verdad del idealismo absoluto. La actividad moral está en el punto de unión del poder organizador y del poder creador de la conciencia. Más que de un estado de perfección realizada, se trata de un movimiento hacia un límite jamás logrado.  
57.- "Puesto que un mínimo de lógica nos impide dar realidad a la contradicción en sí, lo único posible es que los términos, que no se ofrecen a ninguna conciencia subordinada con una igualdad actual para que puedan serle dichos interiores, sean por una conciencia superior, con la que cada yo privado se identifique por cuanto es racional". (LE SENNE, 1950, P. 437).  
58.- MOROT-SIR (1955, pp. 473-474).  
59.- PAUMEN (1949, pp. 61-63).  
60.- LE SENNE (1950, pp. 72-103).

## BIBLIOGRAFIA

- ETCHEVERRY, A. (1934): L'idealisme français contemporain. Paris, Alcan.  
MOROT-SIR, E. (1955): "De l'idealisme à l'axiologie", Giornale di Metafisica, núm. X, 3, pp. 465-478.  
LE SENNE, R. (1934): Obstacle et Valeur. Paris, Aubier.  
LE SENNE, R. (1950): Le Devoir. Paris, P.U.F.  
LE SENNE, R. (1951): Destinée Personnelle. Paris, Flammarion.  
LE SENNE, R. (1955): Le Mesonge et le Caractère. Paris, Alcan.  
LE SENNE, R. (1967): Traité de Morale Générale. Paris, P.U.F.  
PAUMEN, J. (1949): Le spiritualisme existentiel de René Le Senne. Paris, P.U.F.